



***Brazos
que salvan***

Momentos de terror y suspenso se vivían dentro del avión. Apenas habían despegado cuando de pronto el avión empezó a girar de lado a lado. Una falla en las alas impedía el ascenso y el piloto ya no podía mantener el control. El avión giró violentamente y se estrelló invertido en una importante autopista. La catástrofe ese 16 de agosto de 1987 cobró la vida de los seis miembros de la tripulación y 148 pasajeros, así como de dos personas en tierra. Pero hubo una sobreviviente: Cecilia, una niña de cuatro años.

La verdad es que la muerte sorprende a muchos. Los que manejaban por la autopista se cuidaban del tráfico alrededor, pero desde el aire les llegó la muerte. Nadie sabe cuándo ni cómo va a morir, aunque hay una fecha ya establecida que ni se adelanta ni se atrasa. Dios dice que “está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”, Hebreos 9.27. Por eso la Biblia advierte: “Prepárate para venir al encuentro de tu Dios”, Amós 4.12.

Pero Cecilia, que venía en el avión y tenía todas las posibilidades de morir, milagrosamente sobrevivió. Las bri-

gadas de rescate llegaron al sitio y, en medio de los hierros torcidos y quemados, encontraron a Cecilia, inconsciente pero viva. Pensaban que la niña venía en alguno de los automóviles de la autopista, pero al revisar la lista de pasajeros del vuelo 225 de Northwest Airlines, para su sorpresa, allí estaba Cecilia.

Su mamá, ante la voz de alarma y la realidad de la caída vertiginosa del avión, se desabrochó el cinturón de seguridad, se arrodilló frente a ella y la abrazó fuertemente, protegiéndola con su propio cuerpo. Así Cecilia no salió disparada cuando el avión se estrelló en tierra. El cuerpo de su madre recibió todo el dolor y la salvó. La mamá murió para que su hija viviera.

¿Sabía usted que hay otros brazos que salvan? Así como Cecilia recibió de su mamá el abrazo amoroso que la salvó, “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros”, Romanos 5.8. Jesucristo extendió sus brazos para ser crucificado. Él mismo dijo que había venido para “dar su vida en rescate por muchos”, Mateo 20.28. Voluntariamente recibió los golpes de

los hombres y la ira de Dios. “Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”, Isaías 53.5.

Aquel que estuvo dispuesto a abrir sus brazos para ser crucificado tiene hoy sus brazos abiertos para salvar a todos los que creen en Él. Jesucristo prometió: “yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”, Juan 10.28.

La salvación del alma es confiar en este Salvador, el Señor Jesucristo, que ya sufrió el dolor del castigo por nuestro pecado. Este amoroso Salvador puede abrazarlo y salvarlo a usted ahora mismo, y para siempre. ¿Lo aceptará?

Marcos Tulio Sequera



Publicaciones Pescadores
www.publicacionespescadores.com